

mucho tiempo al efecto, porque tomé medidas (que no me fueron necesarias) contra las agresiones que sospechaba podrían suscitarme de otra parte. Por un acaso singular no me hicieron oposición dos horas, y por otro acaso sus generales no pensaron en defender algunas plazas que me hubieran detenido tres meses; de suerte que en pocos días fui dueño del país.

La felicidad con que se verificó esta derrota me dió á conocer que aquella guerra no había sido popular en Prusia. Yo hubiera debido aprovechar este descubrimiento para organizarla á nuestro modo; pero no supe manejarla.

El imperio había adquirido una gran preponderancia por la batalla de Jena; el público principiaba á mirar como ganada mi causa, lo que conocí por el modo con que me trataba: yo mismo empecé á creerlo así, y esta buena opinión me ha hecho cometer multitud de faltas.

El sistema sobre el cual había erigido mi imperio era enemigo nato de las antiguas dinastías: sabía que entre ellas y yo debía ser la guerra mortal, y por consiguiente era necesario tomar medios vigorosos para hacerla tan corta como fuese posible, á fin de aliviar el sufrimiento de los pueblos y de los reyes.

Por esta razón debí variar en parte la materia y forma de todos los Estados que la guerra había puesto bajo mi dominio, pues no se perfeccionan revoluciones conservando los mismos hombres y las mismas cosas; y estaba seguro que permaneciendo en el propio sistema de sus gobiernos, siempre serían mis contrarios, por ser enemigos que yo resucitaba.

De otro modo: si yo hubiera querido conservar su mismo gobierno (á falta de otro mejor), era necesario hacerlos compartícipes de mi grandeza, obligándoles á aceptar con mi alianza territorios y títulos. Siguiendo uno ú otro de estos planes (según se presentase la ocasión), hubiera extendido rápidamente los límites

de la revolución; nuestras alianzas habrían sido sólidas porque se hubieran hecho con los pueblos; yo les hubiera llevado las ventajas con los principios de la revolución; y hubiera alejado de ellos el azote de la guerra de que habían sido perseguidos por el espacio de veinte años, y que ha dado fin por declararse nuestros enemigos.

Es de creer que la mayoría de las Naciones del Continente hubiese aceptado esta grande alianza, y que la Europa fuese refundida sobre un nuevo plan análogo al estado de su civilización. Yo racionaba bien, pero hice todo lo contrario; en lugar de mudar la dinastía prusiana, como lo había amenazado, le volví sus Estados después de haberlos dividido. La Polonia no me agradeció el que no hubiese puesto en libertad más que la parte de su territorio, de que la Prusia se había apoderado. El reino de Westphalia se disgustó por no haber obtenido ventaja, y la Prusia furiosa por lo que yo le había quitado, me juró un odio eterno.

Yo pensaba (sin saber por qué), que los soberanos desposeídos por el derecho de conquista debían quedar agradecidos por la parte que se les dejaba; é imaginaba que podrían (después de tantos reve-es), aliarse de buena fe con nosotros porque era el partido que más les convenía. Opinaba hacer extensivas de este modo, las alianzas del imperio sin atraerme los odios que las revoluciones arrastran tras sí, y conocí al fin que se representaba un gran papel en quitar y volver coronas; me dejé seducir de este error cuya falta jamás se perdona.

Quise corregir á lo menos lo que había hecho en Prusia, organizando la confederación del Rin, porque esperaba contener la una con la otra. Para formar esta confederación ensanché los Estados de algunos soberanos á expensas de la caterva de pequeños príncipes que no servían sino para consumir los bienes de sus vasallos sin poder serles útiles para nada.

De este modo atraje á mi causa á los soberanos á quienes había engrandecido, y los hice conquistadores á su pesar; pero se conformaron también con el oficio, que hicieron voluntariamente causa común conmigo, y se han mantenido fieles á esta causa, mientras han podido.

El continente se hallaba pacificado por cuarta vez. Yo había aumentado la superficie y la preponderancia del imperio. Mi poder inmediato se extendía desde el mar Adriático hasta las bocas del Weser, y el de mi opinión, sobre toda la Europa; pero la Europa conocía como yo, que esta pacificación no era durable por los muchos motivos de resistencia que se le oponían, y que habiéndome yo manejado mal con ellas, no hice otra cosa que retardar la dificultad.

El principio que daba vida á esta opinión estaba en Inglaterra. Yo no tenía miedo alguno de atacarla cuerpo á cuerpo, y sabía que la guerra se renovarí en el continente mientras que el ministerio inglés pudiese costearla. La cosa podía durar mucho tiempo, porque los beneficios que produce la guerra son otros tantos medios de sostenerla, y era un círculo vicioso cuyo resultado sería la ruina del continente. Había necesidad de encontrar un modo de destruir los beneficios que la guerra marítima producía á la Inglaterra, á fin de arruinar el crédito del ministerio; y proponiéndome con este objeto el sistema continental, me pareció bien, y lo adopté. Pocos han comprendido este sistema, porque se obstinaron en no ver en él otro fin que el de aumentar el precio del café, pero debía tener muy diversas consecuencias. Debía arruinar al comercio inglés, y produjo el efecto contrario, como todas las prohibiciones, pues habiendo tomado más crédito el género, cedió en ventaja del comercio, no pudiendo deterrar el contrabando.

El sistema continental debía servir á hacernos conocer quiénes eran nuestros amigos y quiénes nuestros

enemigos, sin temor de padecer equivocación, pues la inclinación que se manifestase á él, sería un testimonio de la que se tenía á nuestra causa, por ser éste su distintivo y antemural.

En aquel momento fué indispensable establecer un sistema que había sido tan discutido; porque todo grande imperio debe tener, no sólo un objeto general en su política, sino en su economía. Debe, así como á los demás ramos del Estado, abrir camino á la industria, poniéndola en movimiento y perfeccionando sus adelantos; y la Francia carecía de ella cuando yo se la facilité por medio del sistema continental.

La economía de la Francia se había fijado, antes de la revolución, en negociar con las colonias, y en hacer el comercio de cambio. Esta era la moda de aquel tiempo, y por mucho que se hayan querido ponderar los resultados, es cierto que no tuvo otros que los de conducir á su ruina las rentas del Estado, acelerar la pérdida de su crédito, la destrucción del sistema militar, atraerse el desprecio de su consideración exterior, y experimentar la languidez de su agricultura. Estos mismos resultados la candujeron, finalmente, á firmar un tratado de comercio que ponía en manos de los ingleses el abasto de sus provisiones.

La Francia tenía hermosos puertos de mar, y algunos comerciantes cuyas fortunas eran colosales. La guerra había enteramente destruido el sistema marítimo; los puertos estaban arruinados; ninguna fuerza humana podía reintegrar á la Nación lo que la revolución había aniquilado, y siendo necesario dar otro impulso al tráfico para volver á su vigor á la industria francesa, no había otro medio de conseguirlo que el de quitar á los ingleses el monopolio de las manufacturas para hacer de ellas el objeto general de la economía del Estado; todo lo cual me obligó á crear el sistema continental. No podía evitarse este sistema porque era necesario dar un premio enorme á las fábricas, á fin de

comprometer el comercio á desembolsar las anticipaciones que exige el establecimiento de multitud de elaboraciones.

Las consecuencias justificaron mi modo de pensar, arrancando de su asiento á la industria y haciéndola pasar el mar, de que resultaron tan grandes progresos en el continente, que nada debía temer de la concurrencia de otra. Si la Francia quiere prosperar, que conserve mi sistema mudándole el nombre; si quiere decaer, no necesita otra cosa sino volver á las empresas marítimas y será destruida por los ingleses á la primera guerra. Me vi precisado á llevar el sistema continental á un extremo, con el objeto, no sólo de hacer beneficio á la Francia, sino daño á la Inglaterra. Recibíamos los efectos coloniales sólo por su mano, cualquiera que fuese el pabellón bajo que navegasen, y en este concepto se hacia preciso admitir los menos posibles, no habiendo para ello mejor medio que el darles un precio excesivo.

El objeto político se hallaba cumplido; las rentas del Estado se aprovechaban de ello, pero ofendí á las mujeres y se vengaron de mí. La experiencia acreditaba cada día más que el sistema continental era bueno, porque el Estado prosperaba á pesar de las cargas de la guerra: las imposiciones estaban al día y el crédito á la par con el interés de la plata; el espíritu de mejora se demostraba en la agricultura y en las fábricas. Se construían de nuevo los pueblos así como las calles de París; los caminos y canales facilitaban el tráfico interior: cada día se perfeccionaba algún invento: hice sacar azúcar de los navos y sosa de la sal; y los descubrimientos de las ciencias caminaban á la par con los de la industria. Hubiera sido una insensatez renunciar á un sistema en el momento en que producía el fruto, y por el contrario era preciso afirmarlo para dar otro tanto más fomento á la emulación.

Esta necesidad ha influido sobre la política de la

Europa, obligando á la Inglaterra á continuar el estado de guerra, que desde este momento tomó un carácter más serio; se trataba en ella del beneficio público, ó lo que es lo mismo de su existencia, y por esta causa se popularizó; los ingleses no volvieron á fiar su protección á los auxiliares, sino que la tomaron á su cargo, apareciendo en grandes masas sobre el campo. Desde entonces se hizo la lucha peligrosa, y lo preví en el acto de firmar el decreto. Sospeché que ya no habría reposo para mí, y que pasaría la vida en combatir las oposiciones que el público no veía, pero cuyo secreto poseía yo, porque era el único á quien las apariencias jamás han engañado. Me lisonjaba interiormente de permanecer dueño de lo porvenir, en medio del ejército que me había creado, y que tan gloriosos sucesos hicieron invencible. Jamás dudó la victoria; sus movimientos eran rápidos, porque habíamos renunciado el sistema de campamentos y almacenes; en un momento podía ser transportado en todas direcciones, y llegaba á todas partes con el conocimiento de su superioridad. ¿Con semejantes soldados qué general no hubiera amado la guerra? Yo la amaba, lo confieso, y sin embargo desde la batalla de Jena no volví á disfrutar el lleno de confianza ni el desprecio del porvenir á que había debido mis primeros buenos resultados. Desconfiaba de mí mismo, y esta desconfianza causaba incertidumbre en mis disposiciones. Mi humor se había alterado y degenerado mi carácter; no obstante me dominaba; pero nunca es perfecto lo que no es natural.

El sistema continental decidió á la Inglaterra á hacernos guerra á muerte. El Norte estaba sometido y contenido por las guarniciones de tropas que tenía en las plazas. Los ingleses no tenían con él otras relaciones que las del contrabando; pero se le había entregado el Portugal, y yo sabía que la España favorecía su comercio, á la sombra de su neutralidad.

Para que el sistema continental valiese algo, era necesario que fuese completo. En el Norte lo había casi establecido, y convenia hacerlo respetar en el Medio Día. Pedí á la España el paso para un cuerpo de ejército que queria enviar á Portugal, y me lo concedió. Al aproximarse mis tropas la corte de Lisboa se marchó para el Brasil y me dejó su reino, haciéndose desde entonces preciso, establecer una ruta militar por medio de la España para comunicar con Portugal, y este paso nos puso en relaciones con la España: en cuyo país jamás había pensado á causa de su nulidad.

El estado político de la España se hallaba en inquietud; era gobernada por un soberano que en un todo diferia á su favorito, y éste sin carácter y sin talentos no servía para otra cosa que para amontonar riquezas y dignidades.

El favorito se había hecho de mi partido porque queria gobernar á la sombra de mi alianza; pero se había manejado tan mal, que disminuido su crédito en España, no podía hacerse obedecer y por consiguiente su adhesión me era inútil. Las opiniones habían caminado en un sentido inverso del resto de la Europa. El pueblo que en todas partes se halla colocado en lo más elevado de la revolución, en aquel país permanecía muy por bajo de ella, porque las luces no se habían difundido por la segunda capa de la nación, deteniéndose en la superficie, esto es, en las altas clases, á cuyos individuos llamaban liberales. Estos sentían el abatimiento de su patria y se avergonzaban de obedecer un gobierno que arruinaba su país; de forma que los revolucionarios en España eran aquellos que tenían que perder en la revolución, y los que debían ganar, ni siquiera querían oír hablar de ella. La misma contradicción se experimentó en Nápoles, haciéndose cometer muchas faltas porque no poseía el secreto de introducirme en su conmoción.

La presencia de mis tropas en España, causó bas-

tante alboroto; cada cual la interpretó á su arbitrio, y exaltados los ánimos, me informaron haber dado principio una fermentación popular. Los liberales se resentieron de la humillación de su país, y creyeron impedir su ruina por medio de una conjuración, que aunque tuvo efecto, quedó limitada á hacer abdicar la corona al antiguo rey, y á dar de palos á su favorito, pero en realidad nada adelantaron con ella.

Apenas se verificó la conjuración cuando los conjurados se asombraron de su atrevimiento; teniendo miedo de sí mismos, de mí y de todo el mundo. Los frailes no aprobaban la violencia que se había ejercido contra el antiguo rey, porque era ilegítima. Yo la desaprobaba igualmente, aunque por distinto motivo; el sobresalto entró en la nueva corte, la revolución en el pueblo y la anarquía en el Estado.

La fuerza de los acontecimientos hizo un trastorno en España; puesto que principió en ella de hecho una revolución, que no podía ser de la misma naturaleza que la de la Francia, porque eran diversos los principios de que partía. Hasta entonces no tenía dirección alguna, porque carecía de jefe y no se había grangeado partido anterior, y por consiguiente era sólo una suspensión de autoridad, una subversión del poder y un desorden.

Nada se podía preveer acerca de la suerte de la España, más de que con un pueblo ignorante y feroz, aquella revolución no acabaría sin derramarse arroyos de sangre, y padecerse largas calamidades. ¿Qué es pues, lo que pretendían los hombres que solicitaban una variación en España? No apetecían una revolución como la nuestra, sino un gobierno sabio, una autoridad que fuese capaz de remover el entorpecimiento de su país, con el fin de darle consideración exterior, y civilización interior.

Yo podía concederle lo uno y lo otro, apoderándome de su revolución en el punto á que le habían con-

ducido. Se trataba de dar á la España una dinastía, que fuese vigorosa en razón de ser nueva, é ilustrada porque careciese de preocupaciones; la mía abrazaba estos estremos, y por lo mismo me propuse agregarle este trono. Lo más difícil estaba hecho, que era el desembarazarse de la antigua dinastía, pues los españoles habían dejado abdicar la corona al antiguo rey, y no querían reconocer al nuevo. Todo parecía presagiar que la España para evitar la anarquía, aceptaría sin violencia un soberano, que se presentaba revestido de una fuerza prodigiosa, entrando por este medio en el sistema imperial, y sin embargo de que el estado social de la España, fuese deplorable, no debía despreñarse su conquista.

Como es indispensable ver las cosas por sí mismo, para formar una justa idea de ellas, partí para Bayona, á donde tenía convocada la antigua corte de España que concurrió en aquel punto, porque no podía hacer cosa mejor. También había convidado á la nueva, y creí que no fuese, porque todo otro partido le hubiera sido más conveniente. Formé concepto de que Fernando abrazaría el de la revolución ó el de pasar á la América, pero no habiendo adoptado ni el uno ni otro, se dirigió á Bayona con su preceptor y confidentes, dejando á la España en abandono.

Apenas tuve las primeras conferencias con los jefes de los conjurados cuando advertí la ignorancia en que se hallaban de su propia situación. Ningún partido habían tomado sobre cosa alguna; nada preveían, y su política se resentía de un atraso de tres siglos. Desde luego me propuse no dejar la España entre sus manos.

Me decidí á recibir la abdicación de la familia Real y á colocar á uno de mis hermanos en el trono. Ningún obtáculo parecía oponerse á ello, porque la Junta de Bayona lo había reconocido; en España no había quedado ningún poder legal que se opusiera á la va-

riación de la dinastía; el antiguo rey no manifestaba desagrado sobre que yo hubiese quitado el trono á su hijo, retirándose á descansar á Compiègne; y el hijo fué conducido á Valencey, donde se habían hecho los preparativos al efecto.

Los españoles no tomaron un interés por el antiguo rey, pero siendo su hijo joven que ofrecía esperanzas y que había sido desgraciado, se exaltaron las ánimos en su favor y lo hicieron su héroe.

Los liberales reclamaban la independencia nacional; los frailes se quejaban de la ilegitimidad, y toda la Nación se armó bajo estos dos partidos.

Yo cometí un yerro en no haber dejado sobre su trono al joven rey, porque debiendo continuar las cosas en España de mal en peor, me hubiera adquirido el título de protector del antiguo, dándole un asilo; el nuevo gobierno no habría dejado de comprometerse con los ingleses; yo le hubiera declarado la guerra, así en mi nombre, como en representación del rey anterior; la España habría fiado á su ejército la suerte de esta guerra, y desde el momento de ser aquel batido, se hubiera sometido la Nación al derecho de conquista, sin haber siquiera soñado en murmurarlo, porque cuando se dispone de un país conquistado, no se hace otra cosa más que continuar sus usos.

Si yo hubiera tenido más paciencia habría seguido esta marcha, pero creí que siendo el resultado el mismo, los españoles aceptarían á priori un cambio de dinastía, que hacía inevitable el orden de las circunstancias. Cometí una torpeza porque no lo ejecuté por grados; acababa de despojar á la antigua dinastía de un modo ofensivo para los españoles, quienes heridos en su orgullo, no quisieron reconocer la que puse en su lugar, resultando que dejó de existir autoridad en parte alguna, ó lo que es lo mismo que existiera en todas partes. La Nación en masa se encargó de la defensa del Estado, pues no había ejército ni autoridad

á quien se pudiese confiar esta defensa; cada cual creyó en sí la responsabilidad, y yo mismo establecí la anarquía, convirtiendo contra mí los recursos que ella ofrece, y recibiendo todo el peso del furor nacional.

Esta nación de quien la historia no ha señalado sino la avaricia y ferocidad, era poco temible al enemigo; huía á la vista de nuestros soldados, pero los asesinaba por detrás. Se hallaba sublevada con las armas en la mano, y usando represalias, de una en otra llegó á constituir la guerra en un anfiteatro de atrocidades.

Yo conocía que daba un carácter de violencia á mi reino y que era un ejemplo perjudicial para los pueblos, y funesto para el ejército, porque consumía muchos hombres y fatigaba al soldado. Conocía que la guerra había sido mal principiada, pero una vez emprendida, no era posible abandonarla, porque el más pequeño revés engrairía á mis enemigos y volvería á poner la Europa sobre las armas y sobre todo porque yo debía siempre quedar victorioso.

No retardé el hacer la prueba; pasé á España á fin de acelerar el éxito y conocer el terreno en que iba á dejar á mi hermano. Ocupé á Madrid, y destruí al ejército inglés que venía en su socorro. Mis sucesos eran rápidos; el temor llegó á su colmo, la resistencia iba á acabar, no había un momento que perder y en efecto no se perdió. El ministerio inglés que siempre ha sido tan activo en buscarme enemigos como yo en batirlos, armó á la Austria.

Por esta vez fué dirigido el proyecto con mucha destreza: me sorprendió: es necesario hacer justicia á quien la merece. Mis ejércitos estaban esparcidos en Nápoles, Madrid y Hamburgo, aún yo permanecía en España. Era probable que anticipándose los austriacos consiguiesen buen resultado, que sucesivamente tragese otros, porque en este género de cosas el primer paso es el dificultoso. Hubiera podido incitar á la Prusia y á la Rusia, reanimar el valor de los españo-

les, y volver la popularidad al ministerio inglés. La corte de Viena tiene una política tenaz que jamás desordena los acontecimientos. Bastante tiempo he permanecido sin acertar la causa de ello: pero al fin conocí, aunque tarde, que semejante estado no tenía tan profundas raíces sino porque la natural bondad del gobierno había permitido que degenerase en oligarquía. Dirigían el estado una centena de nobles que poseían el territorio y se habían apoderado de las rentas, de la política y de la guerra, por cuyo medio eran árbitros de todo, dejando á la corte solo la firma

Los oligarquías jamás varían de opinión, porque sus intereses son siempre unos mismos: todo lo ejecutan mal, pero siempre están en acción porque nunca parecen. Jamás consiguen buen resultado en sus empresas, pero toleran extraordinariamente los reveses en razón de que los padecen en sociedad. El Austria ha debido cuatro veces su conservación á esta forma de gobierno, y ella misma decidió la guerra que acababan de declararme.

No debía perder un momento: dejé la España precipitadamente y corri hacia el Rhin. Junté las primeras tropas que halle á mano, y como el príncipe Eugenio se hubiese dejado ya batir en Italia, le envié refuerzo. Los reyes de Suabia y Baviera me facilitaron sus tropas y con ellas me dirigí á batir á los austriacos en Ratisbona, marchando al efecto sobre Viena.

Seguía á marchas forzadas la ribera derecha del Danubio. Contaba con el buen éxito del virey para verificar nuestra reunión, pretendía adelantar á los austriacos en Viena, pasar allí el Danubio, y colocarme en posición de recibir al archiduque.

El plan estaba bien concebido; pero era imprudente, porque debía habérmelas con un hombre hábil, y no tenía bastante tropa; pero aun estaba la fortuna de mi parte.

El archiduque hizo una excelente marcha, y habién-

dose penetrado de mi proyecto, se me adelantó conduciéndose con rapidez sobre Viena por la ribera izquierda del Danubio, y tomó posición al mismo tiempo que yo. Esta fue (según mi conocimiento) la sola buena maniobra que los austriacos hicieron jamás.

Mi plan de campaña había claudicado. Estaba á la vista de un formidable ejército que dominaba mis movimientos, y me obligaba á la inacción. Solo una grande acción podía terminar la guerra, y yo debía atacar porque el Archiduque me reservó este destino, que era bien difícil de desempeñar, por hallarse en aptitud de recibirme.

Por una suerte inesperada el Archiduque Juan en lugar de contener á toda costa al Virey, se dejó batir: el ejército de Italia lo arrojó del otro lado del Danubio, y tuvimos por nuestra toda su derecha; pero como no queríamos permanecer allí siempre, y era necesario acabar, hice echar los puentes; empezó á moverse el ejército; la división del general Massena desfiló la primera, y dió principio el fuego en el momento que por desgracia se rompieron los puentes.

Era imposible repararlos bastante pronto para so-correrlo, y fué atacado por todos lados. La tropa se defendió con un valor heróico, porque no tenía esperanza alguna; faltaron las municiones, y hubiera perecido si los austriacos no suspenden el fuego; creyendo que bastaba lo hecho para un solo día, volvieron á tomar su posición en el momento decisivo, y me sacaron de una mortal angustia.

No por eso experimentamos menos contratiempo, como me lo dió á entender la opinión: se publicó mi derrota; se anunció mi retirada, y aún se daban los detalles, pronosticándose mi pérdida. Los Tirolese se habían levantado, y fué necesario remitir aquel punto el ejército de Baviera: se formaron partidos en Prusia y en Westphalia, y corrían el país para excitar á un levantamiento: los ingleses intentaron una expedición

contra Amberes, que habría tenido buen éxito si no hubiera sido por su ineptitud, y mi situación se empeoraba cada día.

Al fin, conseguí echar nuevos puentes en el Danubio, y el ejército pasó el río en una noche espantosa. Yo asistí á su pasaje, porque me hallaba muy inquieto; pero se verificó como podía desear; nuestras columnas tuvieron tiempo de formarse, y esta gran jornada se abrió bajo favorables auspicios.

La batalla fué gloriosa por lo disputada; pero los generales no hicieron sin embargo muchos esfuerzos de imaginación, porque mandaban grandes cuerpos en una llanura que se defendió por mucho tiempo. El valor de nuestras tropas y una intrépida maniobra del general Macdonald decidieron la jornada.

Una vez roto el ejército austriaco desfiló en desorden por un llano donde perdió mucha gente. Yo le seguí con viveza, porque era necesario decidir la campaña; y habiéndolo batido en Moravia, no tuvo otro partido que tomar sino pedirme la paz, que le concedí por la cuarta vez.

Esperaba que fuese durable, porque cansa el ser batido como cualquier otra cosa, y porque en Viena opinaba un gran partido en favor de una alianza final con el Imperio

Yo deseaba la paz, porque tenía necesidad de conceder algun descanso á los pueblos, que en lugar de disfrutar las ventajas de la revolución, hasta entonces no habian experimentado sino sus estragos; no-otros no podíamos ya darles protección como al principio de la guerra; y para acostumbrar la opinión de la Europa á la naturaleza de mi poder, no era necesario manifestárselo siempre bajo un aspecto hostil.

Por otra parte, el enemigo aseguraba á todos que no tomaba las armas sino para libertarlos del azote de la guerra, y para bajar de precio las mercancías inglesas. Estas insinuaciones hacían prosélitos, y la guerra des-

popularizaba la revolución, siendo este el motivo por qué yo apetecía la paz; pero como fuese necesario para conseguirla obtener el consentimiento del ministerio inglés, se encargó el Austria de pedirlo, y aquel se negó á darlo.

Esta repulsa me inquietó, porque acreditaba que la Inglaterra conocía en sí recursos que yo ignoraba, y que en vano intenté descubrir. En lugar de poder desarmar, me ví precisado á mantenerme sobre pié de guerra y á fatigar á la Europa. Me incomodaba bastante que los aliados hubiesen conseguido el honor de la lucha, á pesar de haber sido en mi favor los resultados, porque disfrutaban el aire de inocencia que da la defensa de las cosas que se llaman legítimas porque son antiguas; y por el contrario, yo tenía el de agresor porque peleaba por destruirlos y por establecer novedades, gravitando sobre mí sólo el peso de la acusación, sin embargo de que la guerra de la revolución no ha sido otra cosa que el resultado del estado de la Europa.

Esta era la crisis que mudaba sus costumbres, y esta la consecuencia inevitable del paso de un sistema social á otro. Si yo hubiese sido el inventor de este sistema, habría tenido la culpa de los males que causó; pero no se inventó por persona alguna, y lo produjo sólo la marcha del tiempo. Ella preparó sordamente esta revolución, como había conducido la del protestantismo, con las desgracias que le siguieron. La guerra ha dependido tanto de mí, como de los aliados, ó más bien dicho, ha dependido del modo con que fué creado el género humano.

Los ingleses continuaron la guerra sin auxiliares, pero no sin aliados, pues tenían por tales todos los enemigos de la revolución. En España había terreno para batirnos, y allí volví á enviar mis tropas, habiendo hecho mal en no volver yo mismo, porque sólo el interesado hace bien las cosas; pero me hallaba cansado

de tantas fatigas, y meditaba además un proyecto que debía dar un nuevo carácter á mi reino.

Antes de ponerlo en práctica me suscitaron un nuevo inconveniente que no había previsto. Mis tropas ocupaban el Norte, y los ingleses no tenían bastantes fuerzas para atacarme en aquel punto. En el Mediterráneo era donde su marina les aseguraba la superioridad. Poseían á Malta y disfrutaban de la Sicilia, de las costas de España, del Africa y de Grecia, y quisieron aprovechar tantas ventajas.

Ellos probaron hacer un movimiento de reacción en Italia, para construir una segunda España, si fuese posible. Por todas partes había mal contentos, porque yo no pude colocar á cada uno en sus derechos, y lo mismo era en Italia que en otros puntos. El estado eclesiástico no me quería, porque mi reino había destruido el suyo, y los devotos me detestaban á su ejemplo. El pueblo bajo participaba de estos sentimientos porque aquel aún tenía influencia en Italia. En Roma se estableció el cuartel general de esta oposición, como la única ciudad de Italia donde pensaba substraerse de mi vigilancia, desde allí comunicaba con los ingleses, y promovía la sublevación; me insultaba en escritos clandestinos, y esparcía falsos rumores: hacia reclutas para los ingleses: pagaba los bandidos del Cardenal Rufo para asesinar á los franceses. É intentaba incendiar el palacio del Ministro de la policía en Nápoles: siendo indudable que los ingleses tenían un plan sobre la Italia, y que fomentaban las turbulencias.

Yo no debía permitirlo, ni tolerar que se insultase y asesinase á los franceses. Me conformaba con dar repetidas quejas á la Santa Sede, de la que recibía obsequiosas contestaciones, para obligarme á tener paciencia; y como jamás he sido de un natural pacífico, advertí que había una decidida mala voluntad contra nosotros, y que era necesario anticiparse para impedir



la explosión, por lo que hice que mis tropas ocupasen á Roma.

En lugar de contener la eferescencia esta medida (á la verdad un poco violenta), irritó los espíritus. Ella mantuvo la tranquilidad en Italia, y retardó los planes de Lord Bentinck; pero la clase devota hizo secretamente contra mí todo lo que puede sugerir el odio y el espíritu de la Iglesia.

Este volcán de turbulencia tenía sus ramificaciones en Francia y en Suiza. El estado eclesiástico, los mal contentos y los partidarios del antiguo régimen (porque aun los había) se reunieron para intrigar contra mi autoridad, y hacerme todo el mal posible. No se presentaban como conjurados, sino que acogíendose bajo las banderas de la Iglesia, se batían con excomuniones y no con el cañón. Tenían su contraseña de orden y reunión, y era una sociedad ortodoxa que yo no podía sorprender en ninguna parte, porque se hallaba en todas.

Además era difícil atacar á esta gente en detall, porque hubiera sido una persecución, y este es el partido que toman los débiles y que detestan los fuertes. Creí poder dispersar este complot, atemorizándolo con un gran golpe de autoridad. Quería demostrarles mi resolución, haciéndoles entender que deseaba mantener el respeto al orden, y que me costaba poco conseguirlo.

Sabía que el modo más seguro de hacerme dueño de aquel partido era separarlo del Jefe de la Iglesia. Me detuve mucho tiempo antes de tomar esta resolución, porque me resistía á verificarlo; pero en proporción que la retardaba se hizo más necesario el que me decidiese.

Traía á la memoria que Carlos V, que era más devoto y menos poderoso que yo, se atrevió á hacer prisionero á un Pontífice, y no habiéndole resultado mal alguno, creí poder hacer yo lo mismo; por cuya razón

fué extraído de Roma el Pontífice, conducido á Savona, y Roma agregada á la Francia.

Este hecho político bastó para desbaratar los proyectos del enemigo, permaneciendo la Italia pacífica y sometida hasta el día en que tuvo fin el Imperio; pero la guerra de la Iglesia continuaba con el mismo encarnizamiento. El celo de los devotos se reanimó, y aunque su acción era lenta, no dejaba de ser venenosa contra mí.

Por mucho cuidado que yo pusiese en lo contrario, los devotos llegaron á comunicarse con la Savonia y á recibir sus instrucciones. Los religiosos de la Trapa de Fribourg dirigían esta correspondencia, que se imprimía por ellos, y circulaba de uno á otro curato en todo el Imperio. Fué necesario trasladar al Santo Padre á Fontainebleaud, y desterrar los de la Trapa para impedir estas comunicaciones; y sin embargo creo que no lo conseguí.

Esta pequeña guerra causaba mal efecto, porque no pude quitarle el carácter de persecución. Debía procederse rigurosamente contra gente desarmada, y á mi pesar tenía que inmolar víctimas. Estas desgraciadas ocurrencias de la iglesia causaron hasta quinientos prisioneros de estado; pero razones políticas obligaron á publicar menos de cincuenta. Me conduje mal en todo este negocio; y aunque era bastante sereno para despreciar fábulas, hice mucho daño, queriendo impedirlo.

Un gran proyecto ocupaba el Estado. Me parecía conveniente consolidar mi reino, presentándome á la faz de la Europa con una nueva consideración, de lo que esperaba grandes resultados. Mi poder era incontestable, y ninguna otra cosa le faltaba sino el carácter de perpetuidad, que no podía adquirir mientras no tuviese heredero. Sin esta condición mi muerte podía ser por un momento perjudicial á mi dinastía, porque toda autoridad para ser perfecta debe tener prevenidas las épocas sucesivas.

Conocía la necesidad de separarme de una esposa, de quien no podía esperar sucesión, y me era sensible dejar la persona que más he amado. Estuve mucho tiempo sin resolverme; pero ella misma se resignó por el afecto que siempre me tuvo y acepté su sacrificio porque era indispensable. La política más sencilla me indicaba la alianza con la casa de Austria. La corte de Viena se hallaba cansada de sus desgracias, y uniéndose para siempre conmigo, ponía su seguridad bajo mi garantía, haciéndose por esta alianza compartícipe de mi grandeza, y teniendo yo desde entonces tanto interés en protegerla como había tenido en batirla. Por último, con este contrato (que tuvo efecto) establecimos el poder más formidable que jamás ha existido, y que era muy superior al del imperio romano.

Sólo la Rusia y las reliquias de la Prusia estaban en el continente fuera de los límites de nuestro poder; el resto nos obedecía. Una preponderancia tan grande debía hacer decaer de ánimo á los enemigos, y pude creer, sin necesidad de mucha previsión, que había acabado mi obra, y colocado mi trono al abrigo de toda persecución.

Mi cálculo era justo, pero las pasiones no tienen cálculo. La apariencia obraba en mi favor. El continente se hallaba tranquilo, y se iba acostumbrando á verme en el trono; á lo menos así me lo testificaba su profunda humillación, capaz de haber engañado á otro más hábil que yo. El respeto que debían á la sangre de la casa de Austria, legitimaba mi reino á los ojos de los soberanos. Mi dinastía tomaba elevación en la Europa, y me persuadí que no se disputaría el trono al hijo que la emperatriz acababa de dar á luz.

No había inquietudes sino en España, donde los ingleses habían conducido grandes fuerzas, pero esta guerra no me incomodaba, porque estaba resuelto á

ser más tenaz que los españoles, y porque con el tiempo se consigue todo. El imperio era bastante poderoso para sostener la guerra sin recibir perjuicio, ni impedir el que yo embelleciese á la Francia, y continuase cuantas empresas eran de su utilidad. La administración se mejoraba, y se organizaban las instituciones que deberían asegurar la fuerza del imperio, realizando una generación que había de ser su apoyo.

La obligación de mantener el sistema continental ofrecía sólo dificultades con los gobiernos, cuya localización facilitaba el contrabando. Entre aquellos Estados, la Rusia se hallaba en una situación que presentaba más dificultades. Su civilización estaba poco adelantada para permitirle carcer de los productos de la Inglaterra. Sin embargo, yo exigía que fuesen prohibidos. Este fué un absurdo, pero indispensable para completar el sistema prohibitivo. El contrabando se hacía, y yo lo había previsto, porque el gobierno ruso vigila poco su país; pero como se pasa con menos facilidad por las puertas cerradas que por las abiertas, el contrabando introduce siempre menos mercaderías que la libre entrada y yo llenaba las dos terceras partes de mi objeto. Sin embargo, me quejaba lo mismo; se justificaban; volvían las reconvenciones, y al fin llegamos á irritarnos, no pudiendo subsistir este modo de entendernos.

Nosotros debíamos en efecto chocar con la Rusia después de la alianza contratada con la Austria, porque debiendo saber la Rusia que nuestra unión política no podía tener otro enemigo que ella, (atendiendo á que éramos dueños del resto del continente) era necesario que se conformase con prestarnos una nulidad complaciente, ó que se preparase á hacernos frente, si había de mantener su jerarquía. Era demasiado fuerte para consentir en ser nada, y demasiado débil para resistirnos; pero en esta alternativa le convenía más presentar firmeza en su actitud, que reconocerse de